



Entre el asedio del crimen organizado y el abandono del Estado, sobrevive una generación que solo ha conocido la violencia. EL PAÍS disecciona el reclutamiento forzado, la trata sexual y la falta de oportunidades que sufren los menores en esta frontera

EL PAÍS

Ciudad Juárez - 27 JUL 2025 - 03:30 CST

Los llaman los hijos de la guerra contra el narcotráfico, son también los hijos de la maquila. Crecen bajo un horizonte estrecho: pueden elegir trabajar 12 horas al día en la fábrica que ya emplea a sus padres —por 150 dólares a la semana— o pueden ceder a las presiones del crimen organizado. Tienen 14 años y son utilizados para guiar a los migrantes al otro lado de la frontera, los despiertan de sus camas en la noche, abren el camino, conocen los senderos y cortan el alambre allá donde Estados Unidos todavía no ha puesto muro. O quizás son demasiado pequeños, entonces, vigilan, observan, avisan a los grandes. Son niños con una pistola guardada. Son detenidos y devueltos, arrestados y liberados. Son usados y explotados. Convertidos en mercancía sexual, abusados y grabados. Todo ante los ojos de un Estado que lleva décadas sin protegerlos.

Nada de lo que pasa en su vida puede explicarse sin explicar Ciudad Juárez. Paradigma de la violencia en la frontera norte mexicana, los brutales asesinatos de sus mujeres originaron el concepto de feminicidio a principio de siglo; una década después, asediada por la pugna entre grupos del crimen organizado, se convirtió en la ciudad con más asesinatos del



mundo. En esta fractura subyace una realidad menos contada: ¿cómo creció una generación de niños que solo conoció la violencia?

La urbe, que se masificó al calor del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, le ganó terreno al desierto y construyó en los márgenes miles de viviendas para los obreros de las maquiladoras, que llegaban de todas partes de México bajo la promesa de un futuro sin pobreza. El Gobierno y los empresarios dejaron esas hileras de casas minúsculas, pero se les olvidaron los parques, las guarderías, los centros de salud, las escuelas. Cuando empezó la guerra, no hubo donde guarecerse.

Esta frontera sufrió la brutal embestida del crimen organizado y después la de los operativos militares. El 30 de enero de 2010, 15 estudiantes adolescentes fueron masacrados por sicarios en Villas de Salvárcar mientras celebraban una reunión. Un año antes, el cartel se había llevado a María Guadalupe Pérez, de 17 años, para tirar sus restos en un cauce viejo; después de haberla metido en una red de trata de mujeres, como a cientos de niñas de Juárez que fueron obligadas a prostituirse en hoteles y bares a los que acudían oficiales de policía y militares. Desde entonces hay 150 menores todavía desaparecidos. Las agresiones siguen siendo aquí la principal causa de muerte para los adolescentes. Hay heridas que, sin justicia, solo persisten.

Han cambiado cosas desde entonces en esta ciudad estrujada, de la que el periodista Sergio González, autor de una investigación sobre las primeras muertas de Juárez, ya decía hace 30 años que “condensa un mal expansivo”. La explotación sexual infantil ha encontrado su arena perfecta en los celulares; los niños que ya no pueden cruzar migrantes por las políticas de Donald Trump vigilan secuestrados; están



al alza los suicidios y la diabetes; y a los menores que cometen pequeñas infracciones, el propio sistema los escupe y los devora de nuevo. Los expertos llaman a lo obvio: empezar a verlos, a hacer políticas y justicia para ellos. “Las voces de las niñas y de los niños deben ser escuchadas y no invalidadas como se ha hecho históricamente”, resume Ana Laura Ramírez, investigadora del Colegio de la Frontera Norte. EL PAÍS disecciona este abandono en cuatro textos.

Morfología de una ciudad violenta

por Ignacio Alvarado Álvarez



Detrás de esta frontera referencia global del crimen existe algo mucho más complejo que la sola operación de las organizaciones dedicadas al narcotráfico: el atraso urbano causado por la especulación de la tierra y la alta corrupción gubernamental. Vivir bajo esas condiciones, sin políticas sociales, ha roto la idea de futuro a cuatro generaciones de infantes

El depredador vivía en casa de Luz y Mario

por Beatriz Guillén

Los brutales abusos a una niña revelan el funcionamiento de una red de trata sexual infantil, que operaba en aplicaciones y a través de videos e imágenes tomadas en una de las zonas más pobres de la ciudad. Los delitos sexuales son los que más sufren los menores en Juárez, frente a un Fiscalía rebasada y sin recursos para desentrañar crímenes complejos





Maquila, cárcel o muerte: los tres caminos de Alan

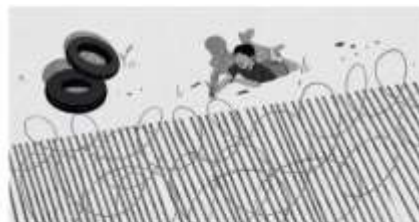
por Marco Antonio López

Los adolescentes de las zonas más precarias de Ciudad Juárez se enfrentan cada día a un sendero estrecho, amurallado entre el déficit urbano, una industria extenuante y el crimen organizado

Los huérfanos de una frontera militarizada

por Wendy Selene Pérez

Son hijos y nietos de una generación que no conoció otra cosa que la violencia; desaparecieron a sus madres o mataron a sus abuelos. Sin redes de apoyo, las redes criminales los reclutan con facilidad, con la oferta de algo de dinero, para trabajar como halcones o guías de migrantes



CRÉDITOS:

Coordinación del proyecto: Marco Antonio López

Textos: Ignacio Alvarado Álvarez, Beatriz Guillén, Marco Antonio López y Wendy Selene Pérez

Ilustraciones: Fernanda Castro

Diseño y maquetación: Mónica Juárez Martín y Ángel Hernández

Edición visual: Gladys Serrano y Mónica González